

## ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.

Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.

Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.

Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

## TEXTO

### MARCOS 9,33-50

<sup>33</sup>Y van a Cafarnaún. Y estando en casa les preguntaba: “¿Qué discutáis en el camino?”.

<sup>34</sup>Pero ellos callaban, porque en el camino habían discutido entre ellos quién [era] **el mayor**.

<sup>35</sup>Y, sentándose, llamó a **los Doce** y les dice: “Si alguno quiere ser **el primero**, será **el último de todos** y **el servidor de todos**”.

<sup>36</sup>Y, tomando a **un niño**, lo puso en pie en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: <sup>37</sup>“Quien *reciba* a **uno de estos niños en mi nombre** a mí me *recibe*; y quien me *recibe* no me *recibe* a mí, sino a quien me ha enviado”.

<sup>38</sup>Le dijo **Juan**: “**Maestro**, hemos visto a uno expulsando demonios en tu nombre y se lo impedimos, porque *no nos sigue*”.

<sup>39</sup>Pero **Jesús** dijo: “No se lo impedáis. Porque nadie hará un portento en mi nombre y podrá inmediatamente hablar mal de mí;

<sup>40</sup>porque quien no está contra nosotros, a favor de nosotros está.

<sup>41</sup>Porque quien os dé a beber un vaso de agua en el nombre que sois de **Cristo**, en verdad os digo que *no perderá* su recompensa.

<sup>42</sup>Y quien escandalice a **uno de estos pequeños** que creen en mí, mejor le estaría si le ataran una piedra de molino alrededor de su cuello y fuera arrojado al mar.

<sup>43</sup>Y si te escandaliza tu mano, córtala; mejor es para **ti** entrar manco en la vida antes que, teniendo las dos manos, marchar a la gehenna, al fuego inextinguible.

<sup>(44)</sup><sup>45</sup>Y si tu pie te escandaliza, córtalo; mejor es para **ti** entrar cojo en la vida antes que, teniendo los dos pies, ser arrojado a la gehenna.

<sup>(46)</sup><sup>47</sup>Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo; mejor es para **ti** entrar tuerto en el reino de Dios antes que, teniendo los dos ojos, ser arrojado a la gehenna, <sup>48</sup>donde su gusano no muere y el fuego no se extingue.

<sup>49</sup>Porque todo será *salado* por el fuego. <sup>50</sup>*La sal* es buena; pero si *la sal* se vuelve insípida, ¿con qué la *salaréis*? Tened *sal* en **vosotros** y vivid en paz unos con otros”».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (9,33-37)

- La segunda predicción detallada de la Pasión (9,31), como la primera (8,31) y la tercera (10,33-34), va seguida de un incidente que ilustra la poca comprensión de los discípulos de la extraña lógica del reinado de Dios (8,32-33; 9,32-34; 10,35-37); en cada caso, esta manifestación de la incompreensión de los discípulos va seguida a su vez de una instrucción renovada de los discípulos (8,34-9,1; 9,35-37; 10,38-45). El modelo repetido refleja una técnica de composición marcana, que destaca *dos temas importantes* para el evangelista: *la falibilidad de los discípulos y el continuo compromiso de Jesús con ellos*.

A nivel de estructura, nuestro texto se subdivide en dos partes: el diálogo sobre quién es el mayor en 9,33-35 y la exhortación a acoger a los niños en 9,36-37. Después de la presentación de la escena en 9,33-34, cada subdivisión consiste en una acción de Jesús seguida de una declaración. Aunque la segunda declaración, 9,37, sea bastante más larga que la primera, 9,35b, esta es la más importante. Ciertamente, la indicación de que *la humildad es el camino a la grandeza* es el tema de la mayor parte del resto de 9,33-50.

- 9,33-35: Diálogo sobre quién es el mayor o el más importante. Después del viaje por Galilea, en el que Jesús pronuncia un segundo anuncio de su próxima muerte y resurrección (9,30-32), vuelve con sus discípulos a Cafarnaún (9,33a), el pueblo donde tenía su casa el primer cuarteto de ellos (1,16-20) y donde había realizado sus curaciones iniciales y programáticas (1,21-34).

Teniendo en cuenta estos pasajes anteriores, «la casa» en la que entran Jesús y los discípulos (9,33b) es probablemente la morada de Pedro en Cafarnaún, a donde Jesús fue directamente después de llamar a los cuatro y en donde curó a la suegra de aquel, que se levantó inmediatamente y se puso a «servirlos». Este acto desinteresado de *diakonia* ofrece un contrapunto irónico y poco grato a las ínfulas de Pedro y los otros discípulos, contra las que se dirige la exhortación de Jesús a convertirse en un *diakonos* («siervo»).

Una vez que están juntos en la casa, Jesús pregunta a los Doce de qué han estado hablando en el camino (9,33c). Para lograr una mayor intensidad, esta frase se repite inmediatamente en 9,34, donde el narrador informa a sus lectores de que «en el camino» los discípulos habían estado hablando sobre quién entre ellos era el mayor, el más importante. Esta repetición de «en el camino» es otro caso de ironía marcana; el camino de Dios, «el camino del Señor» -que ha sido el tema del evangelio en sus primeros versículos (1,1-3) y motivo también particularmente destacado en la sección presente- es, como veremos de inmediato (9,35; cf. 10,41-45), *un camino de servicio desinteresado, de colocarse el último* para que los otros puedan verse beneficiados y pueda proclamarse el triunfo de Dios. Los discípulos, sin embargo, han escogido otro camino, el de la autopromoción, que no es el camino del Señor. Sus caminos, pues, no son los caminos de Dios y sus pensamientos están alejados de su camino (cf. 8,33; Is 55,8-9).

El autor retrasa la frase «quién era el mayor», por lo que esta viene a ocupar de modo deliberado el lugar preponderante al final del par de sentencias en 9,33-34, un conjunto dispuesto según una estructura de quiasmo:

A: ¿qué (*ti*)

B: en el camino

C: discutíais?

**D: Ellos callaban,**

C': porque entre ellos habían estado discutiendo

B': en el camino

A': quién (*tis*) era el más importante.

Este retraso de la frase crucial subraya la ironía de que, después de la dura enseñanza de Jesús sobre la necesidad de seguirlo en el camino de la negación de sí mismo (8,34-38), los discípulos hayan caído en una insensata discusión sobre su grandeza. *Sigue el tema de la incompreensión de los discípulos*, tan destacado en esta

sección del evangelio (cf. 8,31-33; 9,6.10 y 8,14-21). En el pasaje anterior, los discípulos entendieron mal la necesidad de la detención, sufrimiento y resurrección de Jesús (9,32) y aquí se confunden en el modo como debe conseguirse y ejercerse el poder en el reinado de Dios (9,33-34).

Ya que nuestro pasaje no especifica el horizonte temporal, la pregunta puede referirse no solo a quién *será*, sino también a quién *es* el mayor o más importante. Este tipo de perspectiva se hace aún más clara en la versión de este diálogo en el *Evangelio de Tomás* (dicho 12), donde la cuestión se convierte explícitamente en quién ha de gobernar la comunidad después de que Jesús haya desaparecido.

Aunque Marcos no lo diga explícitamente, deja sobrentender que Jesús, gracias a esa *perspicacia sobrenatural* que ha mostrado tan a menudo (2,5.8; 3,4-5; 5,30; etc.), conoce el tema del diálogo encubierto de los discípulos. Al confrontarse con su silencio avergonzado (9,34b), toma asiento, asumiendo así *la postura característica del maestro* en la antigüedad, y se lanza a un discurso que trata precisamente la cuestión de la que han estado discutiendo (9,35). Jesús no condena el deseo de los discípulos de ser preeminentes, sino que lo da por sentado; *la cuestión no es tanto si hay que desear ser grande, sino la manera como debe alcanzarse la verdadera grandeza*. La respuesta que Jesús propone es que, en la lógica inversa del reinado de Dios, la persona que desea ser la primera debe hacerse la última de todos y la sierva de todos.

- 9,36-37: Jesús hace seguir a este pronunciamiento la puesta en escena real de una parábola que trata de un niño, que *por casualidad* resulta estar cercano. Este tipo de acción simbólica que se realiza utilizando un sujeto humano es común en el Antiguo Testamento; el ejemplo extremo procede del profeta Oseas, que convirtió su tempestuosa relación con su esposa en una parábola de los altibajos que experimentaba la fidelidad de Israel a Dios. La parábola así representada se convierte en *una paronomasia*, es decir, en *una expresión con doble sentido* (*paidion* puede significar «esclavo» o «niño») y transforma un objeto en una suerte de texto narrativo. En nuestro caso concreto, la acción de Jesús de colocar a un niño en medio del círculo de los discípulos, tomarlo y abrazarlo (9,36), ilustran la actitud, parecida a la de un siervo, que él desea inculcar: quien reciba a un niño «en su nombre» recibe a Jesús mismo, y el que recibe a Jesús recibe al que lo envió, es decir, a Dios. Jesús aplica de este modo tanto a sus representantes como a sí mismo un axioma legal que más tarde se haría común entre los rabinos: «El mensajero de un hombre es como el hombre mismo».

Pero ¿qué significa exactamente recibir a «un niño como ese» en nombre de Jesús? En la historia de la interpretación, se han ofrecido dos respuestas básicas: 1) el niño debe entenderse literalmente, por lo que Jesús exhorta a los discípulos a recibir a los niños; y 2) debe entenderse simbólicamente, como un representante de los seguidores de Jesús, débiles como niños y que el Maestro exhorta a los de fuera a que los reciban. De estas dos opiniones, la segunda interpretación, la «cristiana», ha sido la más extendida porque se apoya en el doblete de Mc 10,13-16 y en el paralelo de Mateo en 18,1-5. Además, cinco versículos después, Jesús hablará «de estos pequeños que creen en mí», a lo que sigue inmediatamente una referencia a sus discípulos (9,41-42). Mas, a pesar de que estas señales son inequívocas, el contexto inmediato sugiere también *la dimensión literal*. El interés en nuestra perícopa se centra en el niño mismo, como se demuestra por las acciones de Jesús de tomarlo, abrazarlo y ponerlo en el interior del círculo de los discípulos. A diferencia del doblete, Jesús no habla aquí del niño *como de un modelo* (contrástese con Mt 18,4, «quien se humille como este niño»), sino como *un objeto concreto de piedad* («quien reciba a un niño como este»).

Pero ¿en qué *tipo de recepción* piensa Marcos realmente? El verbo usado aquí, *dechesthai* («recibir»), se emplea a menudo en contextos cristianos primitivos para hablar de *la obligación de la hospitalidad y del apoyo a los demás* (cf., por ejemplo, Hch 18,27-28; 21,17; Gal 4,14; 2Cor 7,15; Col 4,10). Pero ¿por qué necesitarían los niños tal hospitalidad? Una respuesta posible es que los hijos eran a menudo expuestos tras su nacimiento; esta práctica no estaba limitada a los paganos, aunque fuera probablemente más rara entre los judíos que entre los gentiles. Puesto que *paidion* puede designar a un bebé (suele hacerlo), es concebible que parte del mensaje de 9,36-37 sea *el de recibir en la propia familia a los niños abandonados*. Es también plausible que, en las situaciones de persecución contempladas por Jesús o vividas por las comunidades cristianas primitivas, algunos niños se vieran privados de sus padres, o que los padres convertidos en misioneros itinerantes tuvieran que dejar a sus niños, al menos temporalmente (cf. 10,29). Ciertamente los cristianos posteriores *eran conocidos por*

su cuidado y apoyo a los huérfanos, y hay muchos textos cristianos primitivos que exhortan a ser bondadosos con ellos llamándolos «niños de la iglesia» y que impulsan a los adultos a desempeñar la «función de padres», es decir, a adoptarlos. Esto está en línea con el flujo del pensamiento en nuestro pasaje, ya que el cuidado de los niños abandonados era un ejemplo de ese tipo de servicio humilde y diario a los demás que Jesús acaba de pedir (9,35), y es la antítesis de la actitud egoísta que los discípulos acaban de mostrar (9,34).

Esta sugerencia está de acuerdo también con la transición al versículo final de la perícopa, la ecuación de recibir a los niños con recibir a Jesús (9,37a). Como en la parábola mateana de las ovejas y los cabritos, la persona que socorre las necesidades de seres humanos pobres y desvalidos descubre que en realidad ha estado sirviendo a Jesús. Por tanto, 9,37 continúa el antiguo motivo, que se encuentra tanto en la literatura pagana como en la judía, del héroe o el dios que *camina de incógnito*. Jesús está realmente presente, de modo misterioso, en el niño necesitado que se presenta en el umbral de una casa cristiana. Así pues, el niño en nuestro pasaje no sería, como en 10,14-15, un ejemplo para ser imitado, sino una persona necesitada a la que debe atenderse de un modo concreto y directo.

La conclusión del pasaje amplía el principio de que recibir a un niño es recibir a Jesús añadiendo que el que recibe a Jesús recibe al que lo envió, Dios (9,37b). Teniendo en cuenta la queja de Jesús en el dicho de Q (Mt 8,20 // Lc 9,58), «los zorros tienen madrigueras; y los pájaros del aire, nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza», es posible incluso que la segunda parte de 9,37 funcionara al principio como la súplica del propio Jesús itinerante que solicitaba alojamiento y apoyo: es Dios mismo quien llama a la puerta cuando Jesús solicita una cama para la noche. Pero en el contexto de la cristología de Marcos, el dicho de 9,37b adquiere mayores dimensiones. Va en línea con *la intensa relación* entre Dios y Jesús desde el inicio del evangelio. Así pues, la observación de 9,37 proporciona la respuesta definitiva a los mezquinos esfuerzos que buscaban la grandeza, el catalizador original del pasaje (9,34). No puede imaginarse ninguna distinción mayor que la recepción de Dios mismo; pero el modo de alcanzar este honor superior a todos es *servir a los necesitados*, los que no pueden tener cuidado de ellos mismos en quienes Cristo y Dios están misteriosamente ocultos. En el siguiente pasaje este principio de la acción oculta divina se ampliará incluso: se considerará que Dios actúa no solo por los miembros más insignificantes de la comunidad cristiana, sino también por los extraños.

## SEGUNDA UNIDAD (9,38-40)

- Después de dar respuesta a la disputa de sus discípulos sobre el concepto de grandeza, exhortándoles a recibir a los niños y seguir así su camino de humildad, Jesús recoge otra pregunta de los apóstoles que procede de una enfermedad espiritual similar, a saber: la pretensión de restringir el empleo sanador del nombre de Jesús al grupo de seguidores («no nos sigue»).

La perícopa se divide en tres secciones: 1) relato de Juan a Jesús sobre el modo como él y otros discípulos han tratado al exorcista ajeno (9,38); 2) rechazo de Jesús a este trato (9,39) y 3) enunciación por parte de Jesús de un principio general sobre el trato con personas ajenas al grupo (9,40). La *alternancia de pronombres personales* para referirse a Jesús, por un lado, y a los discípulos, por otro, es reveladora. Los discípulos comienzan vinculándose a sí mismos con Jesús («porque no nos sigue»). Jesús parece al principio distanciarse de los discípulos, dirigiéndose a ellos en segunda persona plural, lo que implica que desapruueba lo que han hecho («No se lo impedáis»). Al final, sin embargo, restablece de nuevo *el vínculo de unión* con ellos usando de nuevo la primera persona del plural («Pues quien no está contra nosotros, a favor de nosotros está»).

- 9,38-40: La perícopa comienza con Juan, hijo de Zebedeo, un miembro del círculo íntimo de tres discípulos, que plantea a Jesús un problema: las acciones de un sanador que no es uno de «los nuestros» pero que, sin embargo, utiliza el nombre del Maestro para realizar exorcismos. Ya sea que la pregunta surgiera en la vida de Jesús o bien en la iglesia primitiva, Jesús rechaza la actitud exclusivista propuesta por Juan, observando que a personas como el exorcista ajeno, que operan maravillas en nombre de Jesús, no les será fácil hablar mal de él posteriormente (9,39b). La respuesta de Jesús implica que se ha liberado ya en el mundo una fuerza que en última instancia

demostrará ser más poderosa que la inclinación a la calumnia inherente a la edad presente: esa fuerza es *el poder del nombre de Jesús*. A causa de este poder, hasta los que comienzan a manipular el nombre de Jesús para sus propios objetivos pueden encontrarse de improviso dentro de su esfera de influencia.

En la sentencia «Quien no está contra nosotros a favor de nosotros está», Jesús emplea un dicho proverbial expresado aquí en forma positiva, mientras que en Mt 12,30 // Lc 11,23 aparece en forma negativa: «El que no está conmigo está contra mí». Ambas formas cuentan con un paralelo en Cicerón: «Sostenemos que son enemigos todos aquellos que no están con nosotros, mientras que vosotros consideráis que todos aquellos que no están contra vosotros están a vuestro lado».

A pesar del tono optimista de la conclusión de nuestra perícopa, el evangelio recuerda constantemente a sus lectores que la adhesión a Jesús puede conducir al sufrimiento, la traición y la muerte. Pero, como Jesús acentuará en el siguiente pasaje, un destino aún más terrible espera a los que dan su espalda a la redención divina del mundo.

### TERCERA UNIDAD (9,41-50)

- Después del pasaje sobre el exorcista ajeno (9,38-40), que concluye con una advertencia contra los juicios prematuros, Jesús continúa con una serie de dichos sobre el Juicio Final, el discurso más amplio sobre este tema en el evangelio. Aunque el Juicio sea el tema principal de la perícopa, esta generalización no se aplica al dicho final sobre tener sal y paz con los vecinos (9,50c), fijado con alfileres por el evangelista mismo al final de la unidad 9,33-50. El material de esta sección está organizado básicamente por lemas o «palabras gancho», pero es posible distinguir cierta estructura. 1) Cada dicho en 9,41-42 está introducido por «quien» y los dos presentan modos contrastantes de tratar a los cristianos, con su correspondiente recompensa escatológica. 2) Cada uno de los tres dichos de 9,43-48 está introducido por «y si» y describe una incitación al pecado de una parte del cuerpo y la amputación provocada por esta falta. 3) Finalmente, 9,49-50 está introducido por «todo» y presenta tres dichos sobre la sal.
- 9,41-42: Dos modos de responder a los cristianos. El principio «el que no está contra nosotros a favor de nosotros está» (9,40) se concreta en el caso de una persona que no solo no es hostil a los cristianos, sino que los apoya, aunque sea con un simple vaso de agua (9,41); lo que probablemente se contempla aquí es la situación de *los misioneros*, descritos de modo semejante en 6,7-10, en la que *el cristiano itinerante depende de la bondad de los extraños*. Este ejemplo de apoyo va seguido de una descripción del tipo de trato contrario, el caso de la persona que escandaliza a uno «de los pequeños» (9,42). Así pues, el principio de nuestro pasaje es un caso del antiguo motivo de los «dos caminos», ampliamente extendido, que se halla en el Antiguo Testamento (por ejemplo, Dt 30,19; Sal 1,1-6), en el judaísmo antiguo, en el cristianismo naciente (por ejemplo, Mt 7,13-14 // Lc 13,23-24), así como en el mundo grecorromano. Como es habitual en este motivo, «el camino de la vida» se pone en primer lugar, con su recompensa escatológica ofrecida como atractivo (9,41) y va seguido por la descripción «del camino de la muerte» y su castigo escatológico que sirve de advertencia (9,42). En nuestro pasaje ambos «caminos» tienen que ver con la manera como los extraños responden a los miembros de la comunidad cristiana. El buen camino, el de la vida, es socorrer a los miembros de esa comunidad; los que obran así no dejarán de obtener una recompensa escatológica. Este tipo de actitud tendría bastante sentido en un contexto vital en el que los cristianos eran perseguidos, por lo que pequeños actos de bondad para con ellos requerían valor. Así pues, pequeñas acciones en la edad presente tendrán consecuencias trascendentales cuando la semilla de mostaza del reinado de Dios haya crecido hasta hacerse un árbol (cf. 4,30-32), lo cual es una buena noticia para aquellos que han seguido el sendero difícil y estrecho que conduce a la vida (cf. Mt 7,14) mostrando compasión a los embajadores de Cristo en la tierra. Por el contrario, es mala noticia para cuantos han seguido el camino ancho que conduce a la muerte (cf. Mt 7,13), escandalizando a «estos pequeños que creen» (9,42), lo que en el contexto parece ser una referencia a los cristianos, quizás misioneros una vez más. Los delitos contra esos «pequeños» tendrán una sanción tan terrible que sería preferible una muerte horrorosa. Más tarde en el evangelio, Jesús pronunciará

contra Judas un veredicto estructurado de modo similar («sería mejor») + la referencia a la inexistencia o a la muerte: 14,21); este ejemplo puede iluminar el contexto vital de la amenaza contra los malhechores en 9,42 ya que el argumento de una traición parecida a la de Judas, con resultado de muerte, era probablemente bien conocido por la comunidad marcana perseguida (cf. 13,12-13).

Así pues, las imágenes violentas de Mc 9,42 pueden reflejar lo extremo de la situación en la que se encontraban los miembros de la comunidad marcana y sus antepasados cristianos.

- 9,43-48: El coste del discipulado. El centro de atención cambia ahora de los delitos cometidos *contra* los cristianos de Marcos a las faltas potencialmente cometidas *por* ellos. Porque la iglesia no es una isla de santidad en un mar de pecado, sino el coso o ruedo en el que Satanás permanece activo.

En tres declaraciones formalmente paralelas, Jesús advierte contra las acciones de la mano, pie y ojos que «escandalizan» el interés propio de cada uno, y afirma que es mejor amputar la parte del cuerpo en cuestión que acarrear el cuerpo entero a la gehenna, el lugar de castigo eterno, lleno de fuego. A causa de la ausencia de un contexto relevante, no queda inmediatamente claro qué tipos de delitos tiene aquí Marcos en mente; Mateo, en su Sermón de la montaña, interpreta los pecados de la mano y del ojo como referencias al adulterio y a la lujuria causados por aquellos (5,27-30), pero en su paralelo a nuestro pasaje los relaciona con *la discordia en la comunidad* (Mt 18,6-35). Muchos comentaristas importantes afirman que Mateo acertó en el primer caso: Mc 9,43-47 se refiere a *los pecados sexuales*. Esos estudiosos argumentan que «pie» en el Antiguo Testamento puede ser un eufemismo para el pene y que la mano, pie y ojos van unidos con pecados sexuales en el Antiguo Testamento. El contexto marciano estaría también a favor de esta interpretación sexual ya que 9,42 habla de «escandalizar a uno de estos pequeños», que en una interpretación posible significa la pederastia, y que en 10,1-12 se trata del divorcio, que Jesús designa como adulterio.

Sin embargo, esta propuesta es *poco convincente* como exégesis del presente pasaje marciano por varios motivos. 1) La yuxtaposición con 9,41 sugiere que Marcos mismo ve a los «pequeños» de 9,42 como discípulos más que como niños literalmente; es improbable, pues, que Marcos esté pensando en la pederastia. 2) El orden «mano... pie... ojo» es difícil de conciliar con esa interpretación, puesto que, según ella, el pecado cometido con el «pie» (pene) es el más grave de los tres. Teniendo en cuenta que este término aparece *en el centro* de la secuencia y no en uno de sus extremos, es imposible ver «la mano... el pie... el ojo» como una serie descendente o ascendente.

Así pues, la división tripartita entre pecados de la mano, del pie y del ojo probablemente no indica una clase particular de pecados sexuales. Como en muchos otros contextos bíblicos, la mano es más bien el instrumento para la comisión del pecado, el pie es el medio de transporte para ir al lugar donde se peca y el ojo es el medio por el que la tentación de cometerlo entra en el ser humano. Si esta interpretación es verdadera, «córtala» y «arráncatelo» no deben ser entendidos literalmente, sino como prescripciones de importancia interna creciente contra el pecado en general: «Si tu mano te escandaliza...»: ¡No peques! (9,43); «Si tu pie te escandaliza...»: ¡No vayas a ninguna parte donde puedas cometer pecados! (9,45); «Si tu ojo te escandaliza...»: ¡No pienses ni siquiera en cometer pecado alguno! (9,47).

Las consecuencias de ignorar estas advertencias se aclaran al final, cuando se indica que la gehenna es el lugar «donde su gusano no muere y el fuego no se extingue» (9,48), alusión a Is 66,24. Este texto bíblico, bien conocido y probablemente mejor recordado, al ser el último versículo de Isaías, no se refería en principio al fuego del infierno, sino al juicio en este mundo a los enemigos de Israel (cf. Is 66,15-16). En el judaísmo posterior, sin embargo, fue aplicado al castigo eterno del malvado y el precursor de Jesús, Juan Bautista, lo usó en este sentido (cf. Mt 3,12 // Lc 3,17). En la Iglesia se convirtió en el texto clásico para fundamentar la eternidad de sus tormentos. La imagen es especialmente terrible, pues une la tortura desde dentro (el gusano que devora en el interior) con el tormento desde fuera (el fuego), pero es difícil saber si ha de entenderse al pie de la letra en el pasaje presente, ya que *el contexto entero es hiperbólico*. Es imposible excluir de la enseñanza de Jesús la idea de un castigo futuro, aunque en un contexto canónico este concepto esté parcialmente compensado por las declaraciones paulinas acerca de la salvación definitiva para todos (Rom 5,18; 11,32; 1Cor 15,22), incluso aunque Pablo cuenta con un juicio póstumo de los pecados (Rom 2,6-9).

- 9,49-50: La sección se termina con tres dichos sobre la sal (9,49.50a.50b); los dos primeros concluyen el tema del juicio y el tercero cierra la sección entera al volver al tema de la discordia/concordia en la comunidad, que aparece al principio (9,33-34).

El primero de estos dichos, «todo será salado por el fuego», es uno de los dichos más enigmáticos de Jesús en el Nuevo Testamento. A juzgar por el contexto precedente, en el que el fuego ha funcionado como un símbolo del castigo (9,43-48), «la salazón por el fuego» sería negativa y destructiva; quizás el significado es que todos, no solo el malvado, tendrán que pasar por un juicio en el que uno puede quedar chamuscado. Pero a juzgar por el contexto siguiente, en el que la sal aparece como algo bueno (9,50), la salazón por el fuego tendría una interpretación positiva. Quizás la imagen sea la de un fuego que puede ser destructivo o purgativo dependiendo de las acciones anteriores (9,41-48) y de la disposición (9,50) de la persona que es juzgada. En el Antiguo Testamento y en los textos cristianos primitivos el fuego admite ambos aspectos, a veces en el mismo texto y en cercana proximidad uno con el otro (por ejemplo, Mal 3,2-3; 4,1). «El bautismo con fuego...» de Mt 3,11-12 y Lc 3,16-17 es una expresión con doble sentido, ambigüedad que también podría aplicarse al símbolo del fuego en nuestro dicho; el fuego escatológico castigará al malvado, pero refinará al justo (cf. Is 43,2). Si esta interpretación es correcta, el dicho siguiente, sobre la calidad de la sal y la necesidad de conservar su sabor (9,50ab), acentúa la coyuntura en la que se hallan los destinatarios de las palabras de Jesús: ahora es el momento en el que se tomará la decisión crítica que determinará si el fuego escatológico los purificará o castigará. El momento presente, pues, pide ejercitar *el discernimiento apocalíptico* y a esta facultad es a la que se refiere ahora la metáfora de la sal, ya que la sal simboliza a menudo la sabiduría. La pregunta retórica sobre la sal que se torna insípida y la declaración sobre la incapacidad de cualquier cosa externa para restaurar su sabor son así un modo de replantear el punto clave de 8,36-37, a saber: que cambiar cualquier cosa, aun el objeto más preciado del universo, por la vida eterna es la mayor ganga del mundo.

Es preciso propiciar la fuente de paz que es la comunidad, como sugiere Jesús cuando exhorta como conclusión a «tened sal en vosotros y estad en paz entre vosotros» (9,50c). Jesús da a entender así que hay una profunda relación entre la sustancia interior (lo que la Biblia llama la «sabiduría») y la armonía externa. Así pues, la exhortación que concluye en 9,50 vuelve al punto de partida del conjunto 9,33-50, al egoísmo humano y al orgullo que dan lugar a la desunión y la intolerancia, que causan estragos en la Iglesia al igual que en otras sociedades (9,33-37.38-40). A lo largo de nuestra subsección se ha ido dibujando una imagen horrorosa del destino al que, en última instancia, tales impulsos egoístas e incontrolados llevan a los seres humanos: a un lugar de tormento, en el que los únicos compañeros imaginables son gusanos devoradores y un fuego que consume (9,48). Ahora, sin embargo, una imagen de armonía comunitaria («vivid en paz entre vosotros») se contrapone al retrato del horror desolado y se sobrentiende que esta realidad escatológica de paz comunitaria está ya disponible por la sabiduría que mana del donante de todos los bienes (cf. St 1,17).

En el siguiente pasaje se hará evidente que esta incursión en la esfera terrenal de la paz en los tiempos finales, que es también la paz de los inicios, tiene sorprendentes consecuencias para las relaciones en el matrimonio, una unión divinamente ordenada «desde el principio de la creación», pero luego humanamente distorsionada (10,6).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza